

Pudo Satanás regocijarse ; pero, en suma, lo único que conseguía eran pecados vulgares, faltas inherentes á la flaqueza humana, olvidos momentáneos, ofensas fortuitas que la penitencia borra.

Pero esto no le bastaba, y quiso más, soñó con culpas más profundas y más tenaces ; y entonces fué cuando maniobró, bajo el manto de la devoción, y que instauró la blasfemia permanente, al implantar en Lourdes la fealdad sacrílega.

Sí, por este medio átroz, que hay que atreverse á divulgar, porque urge el divulgarlo, por este medio se mofa la antigua serpiente de Aquella que le aplasta la cabeza, y á la que, sin embargo, consigue morder en el talón.

VII

Desde hace algunos días, la ciudad se ha vuelto inhabitable. Hay aquí más gente que cuando la peregrinación nacional. Más de 45.000 peregrinos acampan en una villa de 9.000 almas ; y eso que los trenes se han llevado la Bretaña, el Berrí, la Borgoña, el Forez y el Rouergue ; pero otros han vertido nuevos millares de viajeros en la cuba siempre llena ; proceden, los recién llegados, de todos los puntos de Francia, y son anunciadas numerosas caravanas del extranjero.

¿Dónde se alojan los peregrinos ? Ya no queda un cuchitril donde no duerma gente, hacinada, sobre jergones ; no hay granero que no esté atiborrado de carne humana ; los habitantes han alquilado hasta las bodegas, hasta los lagares ; en las cercanías hay peregrinos hasta debajo de los sotechados, y los recién llegados andan, con su maleta, en busca de un rincón donde guare-

cerse. Va á ser menester organizar trenes especiales que se lleven, por la noche, á las estaciones vecinas, á muchos recién llegados, volviéndolos á traer á Lourdes al día siguiente por la mañana. Inútil decir que están atestados los refugios de la rampa del Rosario. Esta mañana, al llegar allí, sentí, al penetrar en aquellas salas inmensas, un olor tan especial, tan de carne humana encerrada, que retrocedí. En todas partes, en el suelo, sobre colchones, mujeres que duermen vestidas, con la cara tapada por un pañuelo; algunas se calzan; otras, bostezando, adormiladas aún, se estiran, sentadas; niños corren y se persiguen; una niña llora; y, fuera, hombres se mojan la cara con un poco de agua tomada en el hueco de la mano. Se creería uno en un campamento de titiriteros ó de gitanos. Lo mismo ocurre en el Rosario, que tratan de ventilar dejando abiertas las puertas; centenares de personas han pasado allí la noche sobre bancos, sin poder conciliar el sueño, por impedirlo las luces eléctricas, y los cánticos, hasta la media noche, hora en que, ya sin luces molestas y sin cánticos, se adormilaron. Entonces comenzaban las misas. Los sacristanes están rendidos. Ya han suministrado vino, hostias y paños para más de mil misas que han sido dichas anoche en el Rosario, y que continuarán ahora hasta las dos de la tarde. Las celebran en todas partes, sobre altares improvisados con tablas; las hay hasta en

la galería del órgano mayor; los sacerdotes se ayudan unos á otros, y, después de la comunión, el ayudante limpia el cáliz, en vez de limpiarlo el celebrante, para que termine cuanto antes el sacrificio, y que pueda él tener también quien le ayude su misa. É idéntico espectáculo ofrece la basílica, y la cripta, y la iglesia de la villa, y los conventos, y todos los sitios en que ha sido posible instalar simulacros de altares; esto es una granizada de misas á todo vapor que no deja de preocuparme; en cuanto á las comuniones de los fieles, alcanzan cifras inverosímiles: 125.000 el mes pasado.

Inútil decir que no hay medio de acercarse á la fuente, y que, si quiere uno orar y recogerse, lo más sencillo es quedarse en su casa.

Ya los peregrinos alojados en el pueblo llenan la explanada; hay cola, como ante las puertas de los teatros, ante ciertos socorridos lugares, que despiden un olor pestilente de excremento humano y de orina; muchos traen de la villa pan, salchichón y vino; y familias, instaladas sobre el verde césped, toman un refrigerio; parece aquello ciertos parques parisienses en día de fiesta, con los cascos de botellas rotas y los papeles grasientos.

En medio de un pulverío, adelántase un ejército de mujeres, lanzando roncós gritos y gesticulando.

Comprendo, al verlas de más cerca, que han

llegado los cuatro trenes de España que estaban anunciados.

Son las hijas de María, de Guipúzcoa; la mayoría son morenas y pequeñas, con cara redonda, nariz gruesa, ojos negros y caderas abultadas; casi todas lucen mantillas y mueven mucho su abanico. Algunas llevan atavíos que tanto tienen de hábito monjil como de traje de calle; dos ó tres visten el hábito del Carmen; otras van de azul y otras de negro; son hijas de la Inmaculada Concepción y de Nuestra Señora de la Compasión; las hay vestidas de morado, y están afiliadas á la Cofradía de las almas del Purgatorio; otras, por fin, tienen trajes verdes, que es el color de Nuestra Señora del Pilar; ningún enfermo y muy pocos hombres, con relación á la masa de mujeres, pero sí muchos sacerdotes que fuman cigarrillos, en tanto que las peregrinas, que no fuman, comen naranjas ó tablillas de chocolate.

Los apacibles habitantes de Lourdes se apartan, atónitos, ante la ola de españolas que los aclaman: ¡esas sí que no van á tardar en abrirse paso por entre la gente y llegar á la gruta!

Parece éste momento oportuno para subir hasta la basílica y oír misa; está atiborrada de seres humanos, y tengo que quedarme cerca de la puerta. Por la cinta amarilla que adorna sus ojales, reconozco, en los bancos, á la peregrinación de los holandeses.

Comienza la misa mayor y tengo la sorpresa de oír cantar en verdadero canto llano; hasta ahora, esta es la única misa decente que he oído en Lourdes. Hay sermón, después del Credo. Mientras el cura holandés pronuncia en el púlpito un discurso que no entiendo, miro, una vez más, el interior de la basílica.

Es de aspecto encogido, con la sequedad de sus aristas, la delgadez de sus bóvedas, el color ceniciento de sus muros; es muy inferior al gótico de la capilla de los jesuitas de la calle de Sevres, de París, cuya disposición recuerda un tanto, por su reunión de capillitas en los lados laterales y las puertas caladas abiertas en los lienzos de pared que las separan. Sin elevación y sin amplitud, la nave es, en suma, costeadada de cada lado por un estrecho pasillo en el que el gentío se atropella sin poder circular. La pobre cabeza que ha construído este miserable remedo del siglo XIII, sólo una cosa ha conseguido: el consorcio de la incomodidad y de la fealdad.

En el fondo de esa nave que termina en un pobre testero, ocupado también él por minúsculas capillas, se alza, rodeado de dorada verja, un altar de mármol de Carrara, dominado por una estatua de la Inmaculada Concepción de Cabuchet, muy poco superior á la que, para la gruta, fabricó el lionés Fabisch.

La buena de Bernadette, muy poco, sin duda, entendía de arte, pero no pudo contener una

sonrisa de conmiseración cuando el tal Fabisch le presentó sus esbozos. Mas no por eso cesó éste de modelar sus panes de margarina y sus tazones de cerato, y, ya que estuvo terminada la estatua, Bernadette, á quien se preguntó si se parecía á la Virgen, contestó : « Ni por asomos » ; luego, cuando ya la vió colocada en su sitio, en la gruta, tuvo que alejarse de repente, no pudiendo, según nos lo refiere un testigo ocular, el Dr. Dozous, soportar la vista de semejante imagen.

Añadamos, para darnos bien cuenta de la absoluta carencia de talento de aquel piadosísimo hombre, que había visto á Bernadette en éxtasis, que, por consiguiente, también había visto él un reflejo divino iluminar una cara humana : ¡ y con semejantes documentos su obra se reduce á esa efigie de chicuela con traje de primera comunión, á esa tibia, á esa blanduzca sosería ! ¡ Ah cuán poco talento da, en nuestra época, la devoción ! ¡ Cuán probado está esto, en todas las ramas del arte !

Volviendo á la basílica, lo que es inconcebible es ese montón de baratijas de último orden y de guiñapos abigarrados que la decoran. En todas partes cuelgan, de las bóvedas, estandartes polvorientos cuyos oros se han ennegrecido ; y á lo largo de la nave, adornada, por encima de sus arcos de ojiva y por debajo de sus estrechas ventanas cuyos cristales están coloreados como

confites ingleses, de un friso dibujado con coronas de metal que simulan letras y reproducen las palabras dirigidas por la Virgen á Bernadette, hay un verdadero derroche de banderas de todas las naciones : Haíti, Chile, Bélgica, Inglaterra, Austria, Holanda, Bolivia... y, contra las paredes, en todas partes, en las capillas, de arriba abajo, una colección de ex-votos ridículos : flores artificiales, coronas de recién casadas, lazos de primera comunión, hombreras, espadas, cruces de la Legión de honor, retratos de familia, tapicerías para babuchas, cromos... Sólo uno de esos ex-votos es interesante. Está colgado á la derecha, en el coro, cerca del altar consagrado á Nuestra Señora de la Salette : contiene, bajo un fanal, en un cuadro, fragmentos de huesos y de horribles zarpas, algo así como uñas de leopardo petrificadas. Son las uñas de una mujer que tuvo, durante años, un brazo paralizado y su mano cerrada ; las uñas habían traspasado la palma de la mano y habían seguido creciendo, encorvándose, en las carnes. Hundió la enferma su brazo en la piscina ; el miembro se reanimó, la mano se abrió, y las uñas y los huesos cariados cayeron en el baño, de donde los sacaron.

La variada cantidad de trapos que flotan en el techo recuerda los secaderos de ropa ; y el farrago de chirimbolos colgados de las paredes, una prendería ; diríase, sobre todo, que aquí se

han ingeniado para meter en una basílica un montón de cosas que ninguna relación tienen con ella: todo, aquí, es incoherente y disparatado, desde las lámparas del coro, hasta esas arañas con almendras de cristal ó de vidrio de Venecia, que cuelgan en la nave. Harían muy bien en un salón, pero no en una iglesia.

En todo caso, salón arriba y cuadra abajo, pues en este santuario el pavimento litúrgico está sustituido por asfalto.

¡ Todo eso es bien feo; si sólo fuera sencillo y cándido... pero la desgracia está en que no lo es!

De todas maneras, agradezco á los holandeses el haberme dado una misa de puro canto llano, y ahora bajo al Rosario, pues he leído en un anuncio fijado en la puerta, que también los españoles iban á celebrar una misa mayor, y no me disgustaría el ver cómo son los oficios religiosos en España.

La rotonda del Rosario está tan atiborrada como la basílica. Acabo, sin embargo, por abrirme paso, y me meto en un rincón: desde allí puedo examinar el negro campo de las mantillas que se extiende hasta sobre los peldaños del comulgatorio; todas las españolas, arrodilladas, se abanicán; la misa comienza con diácono y subdiácono, y la reducida capilla que ha venido con los sacerdotes españoles, entona el Introito.

¡ Buena y expansiva España, también ella

sabe cantar el canto llano! Al Introito sigue un Kyrie, desconocido de nuestros manuales, pero que gime con implorante y extraño compás; el Gloria y el Gradual son ya de un color menos antiguo; en cuanto al Credo, después de haber principiado con música gregoriana, termina en un arranque á lo Palestrina que sin duda debe de servir de transición con el resto del oficio, exclusivamente compuesto de gorgoritos. En suma, la misa es híbrida, dividida en dos partes, pero siquiera la primera es hermosa.

Después del Credo, el obispo de Tarbes, que acaba de llegar, sube á uno de los dos púlpitos de mármol blanco que hay á cada lado del altar, altar suntuoso, pero que, por rara casualidad, resulta de un gusto casi honrado, y da Su Ilustrísima la bienvenida á los peregrinos. Habla sencillamente, con voz tranquila, destacando las palabras, que escucha un sacerdote español, encaramado en el otro púlpito.

Terminado que hubo su discurso el obispo, dicho sacerdote lo traduce á los oyentes. ¿ Lo traduce? no sé. Por de pronto me pregunto, asombrado, qué es lo que le da, á ése...; pues se convulsa su cara olivácea, que tiene visos azules, por estar recién afeitada, se da golpes de pecho, descarga puñetazos sobre el reborde del púlpito, alza violentamente los brazos al cielo, vocifera como un energúmeno. ¡ Qué singular contraste: de una plácida y amable alocución pasamos á

una tumultuosa arenga, á un arrebató dramático!

Por fin se para, inundado de sudor, pronuncia algunas palabras en tono razonable, y en seguida se levantan todas las mujeres, lanzando al espacio, tres veces seguidas, un viva ronco y estridente; se ve que de esa manera se desquitan ávidamente de la compresión de silencio que acaban de padecer durante tanto rato, y, terminado el último Evangelio, su exuberancia desborda, uniendo sus voces á las de la capilla, cantando la marcha de San Ignacio, una marcha viril y de vigoroso ritmo, que, al pasar por aquellos timbres ásperos y agudísimos, ostenta una pompa bárbara y contrasta violentamente con la deplorable vulgaridad de los cánticos que suelen berrearse aquí.

Se ahoga uno en esta rotonda, tan mal construída que no puede ventilarse como es debido, y me escapo, antes de que el torrente de mantillas me cierre el paso. Ya fuera, voy á sentarme sobre un banco, á orilla del Gave, y pienso en la vida tan poco litúrgica que hay que hacer en Lourdes.

Nunca, en tiempo normal, una misa mayor con canto llano, sino siempre misas rezadas acompañadas con cantiquillos y musiquillas que ninguna relación tienen con la misa; ó bien, cosa más extraña todavía, un sacerdote dice un sermón mientras prosigue tranquilamente el sacrificio el que está en el altar; únicamente cesa la inútil

charla cuando la campanilla anuncia la elevación.

¡Y no he oído yo, también, un día, en la antigua iglesia del pueblo, hoy derruida, un « Sub tuum » vociferado en el momento del evangelio, y, en la basílica, unas Visperas de la Virgen ejecutadas por una peregrinación de la diócesis, en la siguiente forma: dos salmos en vez de cinco; en vez de himno, el « Ave maris stella », sirviendo la primera estrofa de estribillo á las demás, el Magnificat, y ni siquiera una antifona! más valdría no cantar visperas que cantarlas de tan escueta manera. En cuanto al santoral y á las ferias, aquí nada parecen significar. Generalmente se celebra el oficio de la Aparición, cuyo rito es superior, en Lourdes al del día, y á la mayor parte del de los Santos, que quedan postergados; pero ese oficio, que fué compuesto por los Benedictinos de Solesmes, es soberbio, y me sentaría mal el quejarme de haberlo oído tanto.

Recuerdo aquellas visperas magníficas oídas ciertos domingos, y siento que no las canten siempre en lugar de esas otras visperas mermaidas á veces, que ya no resultan visperas.

Aquellos domingos... pero entonces no había el desafortado gentío de las peregrinaciones internacionales. Se efectuaban las visperas en la basílica; las antifonas, los salmos, con verdadero canto llano, eran ejecutados por dos coros, uno en la nave, y el otro detrás del altar. El si-

tuado en la nave, componíalo el colegio de religiosas de Nevers, un ejército de muchachas con capuchas grises sujetas por presilla azul, peritamente amaestradas en el canto llano por las monjas; el otro coro, detrás del altar, lo constituían los niños de la capilla y algunos chantres aleccionados, ellos también, por el abate Darros, maestro de capilla, y alternaban los versículos de los salmos y cantaban juntos el himno « *Omnis expertem* » que se desarrollaba sobre una melodía popular, deliciosa; pero la maravilla de aquellas vísperas era el *Magnificat*.

Después de la antifona, todos los niños se callaban; y entonces, desde lo alto del órgano principal, por encima de la puerta de entrada, un grito áspero pero vibrante, brotando como una llamada, hacía retremblar la iglesia: ¡*Magnificat!*

Y una masa compacta de montañeses sostenía aquella explosión lanzada á todo vuelo bajo las bóvedas, con el ininterrumpido trueno de sus voces de bronce.

Aquello era áspero y violento, pero también era de una solemnidad que ahogaba, que daba vértigos, de una gloria sin igual... Jamás, hasta entonces, había retumbado en honor de la Virgen tan majestuosa tempestad de alabanzas; parecía como que, en ningún sitio, se hubiese expresado el triunfo de alegría del *Magnificat* como se expresaba en aquellas candentes vísperas de Lourdes.

Desaparecía la fealdad de la esmirriada iglesia; además el incienso lo borraba todo; el conjunto entero retemblaba en medio de una granizada de rayos de sol que caían de los ventanales y se mezclaban con los centenares de focos de luz eléctrica de las ampollas y de las arañas. En aquellos momentos podía uno creerse fuera de aquel sitio, y saborear, por espacio de algunos minutos, el bienaventurado olvido de la Fealdad, y la alegría de ver, por fin, que se ofrecía á Nuestra Señora un presente realmente digno de Ella.

Y entonces pienso en todo lo que se le podría amorosamente tributar en Lourdes...: misas mayores celebradas según el modo gregoriano, como lo quiere, además, el *Motu proprio* del Papa; Horas mayores y menores, de las que ni rastro se ve en la basílica y en el Rosario, por lo menos públicamente, pues nadie ha oído cantar, ni siquiera en domingo, el admirable oficio de las Completas. Y el oficio parvo que lleva su nombre y que fué hecho adrede para Ella, ¿no parece lo más á propósito, así como también esas tiernas y candidas prosas que la Edad Media tejió para adular sus dolores y sus alegrías? — En una palabra, sería menester instaurar el « *Laus Perennis* » de la liturgia Marial, en Lourdes. — Funciona hasta cierto punto, si se quiere, puesto que ni de día ni de noche cesan los cánticos; ¡pero qué *Laus* tan chabacano, y qué alabanzas tan miserables! — Son, respecto de la verdadera

devoción, lo que las coplas de café concierto respecto de la verdadera música. ¡ Ah, quién describirá la obsesionante pesadilla de esas « Ave-Maria », de los « Laudate Mariam », de aquellos « Sólo á Dios reconocemos por padre; sólo á Él reconocemos por rey », y; también « En el Cielo la veremos un día », chillados desafortadamente al compás de una música que no debería salir de ciertos arrabales populacheros de París! ¡ Semejantes horrores son alimento diario de este lugar; se duerme uno y se despierta oyéndolos; constituyen el aire mismo del país, el viento mismo de Lourdes!

Hay aquí, en esta ciudad, — ¿ por qué no confesarlo? — un clero montañés, bonísimo pero insensible á todo lo que no es la burda tarea de las procesiones y de los sermones, del manejo de las muchedumbres; también es justo decir que esos sacerdotes, que han sustituido á los Padres de la Gruta, echados de su casa común, están agobiados de trabajo, extenuados por las confesiones, y que, por consiguiente, no se puede exigir de ellos que organicen oficios canonicos en las iglesias: únicamente los Benedictinos instalados en Lourdes podrían asegurar ese servicio. — Y, además, aun admitiendo que tuviera este país sentido litúrgico, podría muy bien ocurrir, — y esto es más que probable, — que no existiera dicho sentido en las diócesis de Francia y del Extranjero que acuden á la gruta; de donde re-

sulta que no sería razonable exigirles que abandonaran su rutina y que, en vez de sus rigodones, cantaran himnos latinos... : de modo que no puede haber aquí unión.

Pero, sin embargo, fácil le sería al clero de Lourdes hacer que, en sus propios oficios, se cantase canto llano, siguiendo así, en lo que pueden hermanarse con sus ocupaciones, las reglas de la liturgia...

Temo, ¡ ay! que esta proposición corra la misma suerte que las demás, pues, exceptuando las Vísperas de la basílica, ocurre aquí, con la liturgia y con el canto, lo que con la arquitectura, la pintura y la estatuaria. ¡ Esta vez sí que hay unión! ¡ Ah, qué terrible resulta el Diabolo cuando se vuelve devoto!